

EL ARTE

libro al
viento

Michel de Montaigne

DE CONVERSAR



Y OTROS ENSAYOS



Libro al Viento

COLECCIÓN UNIVERSAL

Este ejemplar de Libro al Viento es un bien público.
Después de leerlo permita que circule entre los demás lectores.

ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ

Claudia Nayibe López Hernández

Alcaldesa Mayor de Bogotá

SECRETARÍA DE CULTURA, RECREACIÓN Y DEPORTE

Nicolás Francisco Montero Domínguez

Secretario de Cultura, Recreación y Deporte

INSTITUTO DISTRITAL DE LAS ARTES – IDARTES

Catalina Valencia Tobón

Directora General

Maira Salamanca Rocha

Subdirectora de las Artes

Mauricio Galeano Vargas

Subdirector de Equipamientos Culturales

Leyla Castillo Ballén

Subdirectora de Formación Artística

Adriana María Cruz Rivera

Subdirectora Administrativa y Financiera

Adriana Martínez-Villalba García

Gerente de Literatura

Carlos Ramírez Pérez, Olga Lucía Forero

Rojas, Ricardo Ruiz Roa, Andrea Mojica

Molina, María Camila Jaramillo Laverde,

María Eugenia Montes Zuluaga,

Yenny Mireya Benavidez Martínez,

Wilmar Molina Vargas.

Equipo del Área de Literatura

PRIMERA EDICIÓN

Bogotá, julio de 2022

Los derechos de los textos, las traducciones y las imágenes de este libro pertenecen a sus autores. Sin embargo, queda prohibida cualquier reproducción (parcial o total) de esta obra en su conjunto sin consentimiento de Idartes.

© Instituto Distrital de las Artes – Idartes

© Fredy Ordóñez, por la presentación

Camila Cardeñosa, diseño de la colección

Bastarda Type y Camila Cardeñosa, diseño de la tipografía Obispo

Paula Andrea Gutiérrez Roldán, diseño y diagramación

Fredy Ordóñez, edición

Wikimedia Commons, por la imagen de la página 85.

ISBN: 978-628-7531-59-8

Buenos y Creativos SAS, impresión

Impreso en Colombia

Febrero de 2023



GERENCIA DE LITERATURA IDARTES

Carrera 8 n.o 15-46. Bogotá D. C.

Teléfono: 3795750

www.idartes.gov.co

contactenos@idartes.gov.co

 @LibroAlViento  @LibroAlViento

EL ARTE

DE

CONVERSAR

7
EL MUNDO NO ES MÁS QUE UN PERPETUO VAIVÉN
Presentación

13
IN FUNDAMENTO EN LA DEFENSA DE UNA PLAZA

16
DE UNA SENTENCIA DE CÉSAR

19
DE LA EDAD

24
DEL DEJMENTIR

32
DE LA LIBERTAD DE CONCIENCIA

40
DE UNA CRIATURA MONSTRUOSA

43
EL ARTE DE CONVERSAR

85
EL AUTOR

Libro al Viento es un programa de fomento a la lectura del
Instituto Distrital de las Artes - Idartes, entidad adscrita
a la Secretaría de Cultura, Recreación y Deporte

EL MUNDO NO ES MÁS QUE UN PERPETUO VAIVÉN

Presentación

*Nosotros, y nuestro juicio, y todas las cosas
mortales, seguimos fluyendo y rodando
incesantemente. Así, nada cierto se puede
establecer de una cosa por parte de otra, ya que
tanto lo que juzga como lo juzgado están en
movimiento y cambio continuos.*

Michel de Montaigne,
“Apología de Ramón Sibiuda”

EN 1570, A LA EDAD DE 38 AÑOS, MICHEL DE Montaigne decide retirarse de la vida pública, alejarse de las perpetuas guerras civiles que emponzoñaron a Francia ese siglo, encerrarse en una torre de su castillo y dedicarse al ocio y a su biblioteca. Manda entonces acuñar una medalla en la que inscribe en una cara la frase “Que sais-je?” (“¿Qué sé yo”), y, en la otra cara, la imagen de una balanza. Tan apretadamente como cabe dentro de un gesto clarividente (“Todo

movimiento nos revela”, afirmó Montaigne mismo), en ese objeto se cifran los principios que sirvieron de motor a su obra, constituida esencialmente por *Los ensayos*, los que comienza a escribir desde ese año hasta su muerte, en 1592. Lo primordial para Montaigne era averiguar quién era, qué sabía, cómo podía mostrarse tal cual era, sin máscaras, sin aspavientos, sin afectación; pero, a la vez, no perdía de vista que lo más justo era obrar con moderación, templando cualquier exceso, pues todas las respuestas se transformaban continuamente, a través del tiempo y de persona en persona (“Lo que se sabe de cierto es que nada es cierto” era una frase de Sexto Empírico que tenía entronizada en su biblioteca).

Montaigne escribió poco más de cien ensayos —de muy variada extensión y sobre los más diversos temas—, que sirvieron para dar forma y nombre al género literario homónimo, del que es tanto su precursor como su más avezado ejecutor. Exploró del modo más auténtico posible cada uno de los temas a los que se enfrentó (la soledad, las leyes suntuarias, la costumbre de vestirse, la fuerza de la imaginación, la crueldad, los libros, los carruajes, la vanidad, la inconstancia de nuestras acciones, el amor de los padres a los hijos...), y la manera de tantearlos y abarcarlos fue examinándose sin ambages (y sin miramientos) a sí mismo

y, simultáneamente, apoyándose en su lectura de autores latinos y griegos, entre los que se encontraban Plutarco y Séneca, sus favoritos.

De este cúmulo de ensayos —cuyos primeros dos tomos en 1580 y luego un tercero en 1588— elegimos una muestra de siete. En cada uno de estos, Michel de Montaigne logra mostrar esbeltamente algún rasgo de su ser o alguna certeza provisoria fruto de su pensamiento (de sus observaciones, de sus lecturas), pues si hay algo parecido a la verdad que subyazga en su obra, es la certeza de la variabilidad de las opiniones humanas, la poca fiabilidad de nuestras percepciones y la propensión al error del juicio humano. Al respecto, en un ensayo sobre el arrepentimiento: “El mundo no es más que un perpetuo vaivén. Todo se mueve sin descanso —la tierra, las peñas del Cáucaso, las pirámides de Egipto— por el movimiento general y por el propio. La constancia misma no es otra cosa que un movimiento más lánguido. No puedo fijar mi objeto. Anda confuso y vacilante debido a una embriaguez natural”.

Su agudeza sicológica, su mirada exenta del etnocentrismo, la poca sistematicidad de su escritura, su renuencia a señalar de exótico o raro a lo que simplemente nos parece incomprendible según determinadas costumbres, su irrefrenable libertad y su sano escepticismo son algunas de las

características del retrato que Montaigne hace de sí mismo, carente de toda presunción, escribió su obra no en latín sino en francés (una lengua cambiante, inestable) para que fuera leído por sus contemporáneos. Pero bastó que se retratara a sí mismo con tal nitidez —con todas las contradicciones que le corresponden a una persona que ha vivido con intensidad, leído con atención y tratado con generosidad y tolerancia a sus semejantes—, para lograr de paso hacer un retrato del ser humano mismo. Es quizás por esto que resulta muy difícil no sentir, al leerlo, que establece un diálogo con nosotros, con la misma brillante honestidad con la que hemos forjado los vínculos con nuestros amigos más entrañables.

Fredy Ordóñez

Editor de Libro al Viento

EL ARTE

Michel de Montaigne

DE CONVERSAR

Y OTROS ENSAYOS

DEL CASTIGO POR OBSTINARSE SIN FUNDAMENTO EN LA DEFENSA DE UNA PLAZA

LA VALENTÍA, COMO TODAS LAS DEMÁS VIRTUDES, tiene sus límites; traspuestos estos, el hombre se encuentra en mal camino, de tal suerte que un exceso de valor conduce a la temeridad, la obstinación y la locura de quien no conoce los linderos del bien obrar —no fáciles de precisar, en todo caso—. Nace de este principio la costumbre de castigar en nuestras guerras, a veces con la muerte, a los que se obstinan en defender una plaza que, según los principios de la ciencia militar, debe ser abandonada. Si no se practicara esta costumbre, la impunidad de la acción haría que cualquier *bicoca** bastase para detener un ejército.

El condestable de Montmorency en el cerco de Pavía estuvo encargado de atravesar el Tesino para instalarse en los

* “Fortificación pequeña y de poca defensa”.

barrios de San Antonio; se oponía a realización de la orden una torre con gente armada que había en el extremo del puente, y que se defendió obstinadamente hasta la derrota. El condestable hizo ahorcar a todos los que se hallaban dentro de la fortaleza. Después de este hecho, el propio condestable acompañando al delfín en el viaje que este llevó a cabo del otro lado de la frontera, habiéndose apoderado por la fuerza del castillo de Villane, todo lo que guardaba la fortaleza fue destruido por la furia de sus soldados, menos el capitán y el enseña, a quienes hizo ahorcar y estrangular por su obstinación. Igual conducta siguió el capitán Martín del Bellay, siendo gobernador de Turín, en esta misma ciudad: el capitán San Bony y todas sus gentes fueron muertos en la toma de la plaza.

El valor o cobardía del lugar se juzgan por la estimación y contrapeso de las fuerzas que lo asaltan (pues enfrentar a dos culebrinas no resulta descabellado, pero sería una locura no retirarse ante treinta cañones), en cuya idea entra también la grandeza del príncipe conquistador, su reputación y el respeto que le rodea. Se corre el riesgo de inclinar un poco la balanza de este lado, y acontece por ello que algunos tienen una idea tan grande de sí mismos y de los medios con que cuentan, que al no parecerles verosímil que haya nada capaz de hacerles frente, pasan a cuchillo allí donde

encuentran resistencia mientras les dura la buena fortuna, como se ve por las fórmulas de intimación y desafío que empleaban los príncipes de Oriente y sus sucesores actuales, fieros, altivos y movidos por un despotismo bárbaro. En el lugar por donde los portugueses comenzaron la conquista de las Indias, encontraron algunos Estados en los cuales se practicaba la siguiente ley universal e inviolable: el enemigo que había sido vencido en presencia del rey, o de su lugarteniente, no tenía ningún derecho a perdón ni rescate.

Es preciso, sobre todo, evitar, si es posible, caer en manos de un juez enemigo, victorioso y armado.

DE UNA SENTENCIA DE CÉSAR

SI NOS DETUVIÉRAMOS ALGUNA VEZ EN EXAMINARNOS, y el tiempo que empleamos en fiscalizar a los demás y en conocer las cosas exteriores lo ocupáramos en sondear nuestro interior, nos convenceríamos rápidamente de que toda nuestra contextura está formada por piezas insignificantes y deleznales. ¿No constituye, en efecto, un testimonio singular de imperfección la circunstancia de que no podamos controlar nuestro contento y nuestra satisfacción en cosa alguna, y que la imaginación y el deseo nos impidan elegir el camino que nos es más adecuado? De ello es buena prueba esa gran disputa que sostuvieron siempre los filósofos a fin de encontrar el soberano bien del hombre, la cual dura todavía y durará eternamente sin que jamás se llegue a una solución o acuerdo: “Aquello que no poseemos se nos antoja siempre el bien supremo, pero cuando llegamos a gozar del objeto ansiado suspiramos

por otra cosa con ardor idéntico, y nuestra sed es siempre igualmente insaciable” (Lucrecio).*

Nada nos satisface de lo que disfrutamos y gozamos; marchamos siempre con la boca abierta tras las cosas desconocidas que están por venir, porque las presentes no satisfacen nuestros deseos; y no precisamente porque existan razones para que no nos satisfagan, sino porque nos apropiamos de ellas con una manera enfermiza e insegura: “Cuando [Epicuro] se dio cuenta de que los mortales disponen de cuanto necesitan, y aunque cuenten con riquezas, honores, glorias e hijos gallardos, no por ello se ven libres de mil interiores desdichas ni dejan gemir como los esclavos en las cárceles, comprendió que todo el mal procede del vaso mismo, el cual, corrompido, de antemano estropea todo cuanto en él se vierte” (Lucrecio)**.

Nuestros deseos carecen de resolución y son inciertos, nada puede nuestro apetito conservar ni disfrutar convenientemente. Como el hombre estima que su desgracia emana de las cosas que posee, trata de llenarse y saciarse con otras que desconoce y de las que no tiene la menor noticia, a las cuales aplica sus esperanzas e ilusiones, considerándolas con honor y reverencia. Como dice César: “Merced

* Lucrecio, III, 1095.

** Lucrecio, VI, 9.

a un vicio común de la naturaleza humana, acontece que tenemos mayor confianza y tememos más de las cosas que no hemos visto, y que están ocultas y nos son desconocidas” (Julio César, Comentarios sobre la guerra de las Galias).*

* De Bello civili, II, 4.

DE LA EDAD

NO PUEDO APROBAR LA MANERA EN QUE ENTENDEMOS el tiempo que dura nuestra vida. Yo veo que los filósofos la consideran de menor duración de lo que en general la creemos nosotros. “¡Cómo!”, dice Catón el joven a los que querían impedir que se matase, “¿estoy yo en edad, a los años que tengo, de que se me pueda reprochar el abandonar la vida con anticipación?”. Tenía entonces solo cuarenta y ocho años, y estimaba que esta edad era ya madura y avanzada, considerando cuán pocos son los hombres que la alcanzan. Los que creen que el curso de la vida, que llaman natural, promete pasar de aquel tiempo se engañan; podrían asegurarse una mayor duración, si gozaran de un privilegio que los librase del número grande de accidentes a los que todos fatalmente nos encontramos sujetos, y que pueden interrumpir el largo curso en que los optimistas creen. ¡Qué ilusión la de esperar morir de la falta de fuerzas,

que a la vejez extrema acompaña, y la de creer que nuestros días acabarán solo entonces! Esa es la muerte más rara de todas, la menos acostumbrada, y la llamamos natural, como si lo natural no fuera morir de una caída, ahogarse en un naufragio, sucumbir en una epidemia o de una pleuresía, y como si nuestra constitución ordinaria no nos abocara todos los días a semejantes accidentes. No confiemos en esas esperanzas; el que se cumplan es inusual, y antes bien debe llamarse natural a lo que es general, común y universal.

Morir de viejo es una muerte singular y extraordinaria, mucho menos frecuente que las otras; es la última y extrema manera de morir, y cuanto más lejos estamos de la vejez, menos debemos esperar ese género de muerte. Pero es la ancianidad el límite más allá del cual no pasaremos, y el que la ley natural ha prescrito para no ser traspuesto; sin embargo, es un privilegio otorgado a pocos el que la vida dure hasta una edad avanzada, excepción que la naturaleza concede como un favor particular a uno solo en el espacio de dos o tres siglos, descargándole de las luchas y dificultades que interpuso en carrera tan dilatada. Así yo considero que esta edad nuestra la alcanzan pocas personas. Puesto que ordinariamente los hombres no la viven, prueba es de que estamos ya muy avanzados en el camino; y puesto que traspusimos ya los límites acostumbrados, que son la medida verdadera de nuestra vida, no

debemos esperar ir más allá, habiendo escapado a la muerte en mil ocasiones en que otros muchos tropezaron. Debemos, por tanto, reconocer que una fortuna tan extraordinaria como la nuestra no ha de durarnos largo tiempo.

Es también un defecto de las leyes mismas el que consideren la duración de la vida como dilatada; las leyes no consienten que un hombre sea capaz de la administración de sus bienes hasta que no haya cumplido los veinticinco años, y apenas será dueño entonces del gobierno de su existencia. Augusto suprimió cinco de las antiguas leyes romanas para que la mayor edad fuera declarada, y acordó también que bastaban treinta para desempeñar un cargo en la judicatura. Servio Tulio eximió a los caballeros que habían pasado de los cuarenta y siete años de las fatigas de la guerra, y Augusto a los que contaban cuarenta y cinco. El enviar a los hombres al descanso antes de los cincuenta y cinco o sesenta años no me parece muy razonable. Entiendo que nuestra ocupación o profesión debe prolongarse cuanto se pueda mientras podamos ser útiles al Estado; el defecto, a mi entender, reside en el lado opuesto, en no emplearnos en el trabajo antes del tiempo en que se nos emplea. Augusto fue juez universal del mundo cuando apenas contaba diecinueve años, y se exige que nosotros tengamos treinta para que demos razón del lugar en que hay una gotera.

Yo creo que nuestras almas se encuentran suficientemente desarrolladas a los veinte años; a esta edad son ya lo que deben ser en lo sucesivo y prometen cuantos frutos puedan dar en el transcurso de la vida; jamás espíritu que no haya mostrado entonces prenda evidente de su fuerza presentará después la prueba. Los méritos y virtudes naturales hacen ver en aquel término, o no lo hacen ver nunca, lo que tienen de esforzado y hermoso: “Si la espina no pica cuando nace, apenas picará ya jamás”, dicen en el Delfinado.

Entre todas las acciones nobles de que tengo noticia, sea cual fuere su naturaleza, puedo asegurar que son en mayor número las que fueron realizadas, así en los siglos pasados como en el nuestro, antes —y no después— de los treinta años, y muchas veces en la vida misma de un hombre ocurre lo propio. ¿No puedo asegurarlo así de Aníbal y de Escipión, su grande adversario? La primera hermosa mitad de sus vidas ganaron la gloria que gozaron luego; fueron después grandes hombres, sin duda, comparados con otros, pero no con ellos mismos. En cuanto a mí, tengo por probado que desde que pasé de aquella edad mi espíritu y mi cuerpo se han debilitado más que fortalecido: he retrocedido más que avanzado. Es posible que, en aquellos que emplean bien su tiempo, la ciencia y la experiencia crezcan a medida que su vida avanza; pero la vivacidad, la prontitud, la firmeza y

otras varias cualidades más importantes y esenciales son más nuestras cuando somos jóvenes; luego se marchitan y languidecen: “Cuando el esfuerzo poderoso de los años ha encorvado los cuerpos y gastado los resortes de una máquina agotada, el juicio vacila, el espíritu se oscurece y la lengua tartamudea” (Lucrecio).*

A veces es el cuerpo el que primero sucumbe a la vejez, a veces es el alma: he visto muchos hombres cuyo cerebro se debilitó antes que el estómago y las piernas, mal tan desconocido al que lo sufre como peligroso. Por todas estas consideraciones y razones encuentro desacertadas las leyes, no porque nos dejen permanecer hasta demasiado tarde en la labor, sino porque no nos ocupen antes. Me parece que si se reflexionara sobre la fragilidad de nuestra vida y en los mil escollos ordinarios y naturales a que está expuesta, no debiera repararse tanto en el año en que nacimos, ni dedicar tanto tiempo a la ociosidad, ni emplearlo tanto en nuestro aprendizaje.

* Lucrecio, III, 452.

DEL DESMENTIR

PERO ACASO SE ME DIGA QUE ESTE PROPÓSITO DE servirse de sí mismo como asunto de lo que se escribe sería excusable en los hombres singulares y famosos que por su reputación hubieran inspirado la curiosidad de conocerlos. Es verdad, lo reconozco. Y sé muy bien que para ver a un hombre como los hay por millares un artesano apenas levantará la vista de su labor, mientras que para contemplar a un personaje importante y señalado que llega a una ciudad los talleres y las tiendas se quedarían vacíos. Queda mal mostrarse a los otros, salvo aquellos que tienen motivos para ser imitados y cuya vida y opiniones pueden servir de ejemplo. César y Jenofonte tuvieron en la grandeza de sus hazañas una base justa y sólida para fundar y fortalecer su relato. Por lo mismo echamos en falta los diarios de Alejandro Magno, y los comentarios que Augusto, Catón, Sila, Bruto y otros dejaron de sus gestas. De hombres así

nos gusta estudiar sus figuras, incluso cuando están únicamente representadas en piedra y en bronce.

Aunque esté muy fundado este reproche, declaro que para mí no es suficiente: “No leo mis obras más que a mis amigos, y aun porque me lo piden. No recito en cualquier sitio ni ante cualquier auditorio. Muchos lo hacen en pleno foro y en los baños”.

Yo no fabrico aquí una estatua para que se ostente luego en la plaza de una ciudad, ni en una iglesia, ni en ningún lugar público (“No es mi propósito llenar estas páginas de frases rimbombantes. Escribe cual si hablara con alguien en secreto”), sino para ponerla en el rincón de una biblioteca, y para el entretenimiento de un vecino, pariente o amigo al que le agrade volver a encontrarme aun a través de esta imagen. Los otros hablaron de sí mismos por encontrar el asunto digno y rico: yo, al contrario, por haberlo reconocido tan estéril y raquítico que no pueda echárseme en cara sospecha alguna de ostentación. Yo juzgo de buen grado las acciones ajenas, de las propias doy poco que juzgar a causa de su insignificancia. No encuentro tanto que alabar que no pueda declararlo sin avergonzarme. Me alegraría mucho el oír así a alguien que me relatara las costumbres, el semblante, el continente, las palabras más comunes y las acciones todas de mis antepasados. ¡Cuán grande sería mi

atención para escucharlo! Sería propio de una mala naturaleza menospreciar los retratos de nuestros amigos y antepasados, la forma de sus vestidos y de sus armas. De ellos guardo yo religiosamente escritos, rúbricas, libros de piedad y una espada que les perteneció, y tampoco he apartado de mi gabinete las largas varas que ordinariamente mi padre llevaba en la mano: "El vestido y el anillo de un padre son tanto más apreciados sus hijos cuanto mayor afecto les inspira su memoria" (San Agustín).*

Si mi descendencia piensa distinto de mí, tendré cómo desquitarme de su ingratitud, pues no podrán hacer menos caso de mí del que yo haré de ellos, cuando llegue el caso. Todo el comercio que yo mantengo aquí con el público se reduce a tomar prestados los útiles de su escritura más rápida y más fácil; en cambio, impediré quizá que algún trozo de manteca se derrita en el mercado: "Que no le falta al pez escama, ni pellejo a la aceituna" (Marcial);** "Muchas veces me permitiré vestir a los escombros con amplia túnica" (Catulo).***

Y aun cuando nadie me lea, ¿perdí mi tiempo por haber empleado tantas horas ociosas en pensamientos tan útiles

* SAN AGUSTÍN, de Civit. Dei, I, 12.

** MARCIAL, XIII, 1, 1.

*** CATULO, XCIV, 8

y gratos? Moldeando en mí esta figura, me fue preciso con tanta frecuencia acicalarme y componerme para sacar a la superficie mi propia sustancia, que el modelo se fortaleció y en cierto medida se formó a sí mismo. Pintándome, para los demás, heme pintado en mí con colores más distintos que los míos primitivos. No hice tanto mi libro como mi libro me hizo a mí; este es consustancial a su autor, de una ocupación propia: es parte de mi vida, y no trata asuntos ajenos, como todos los demás libros. ¿Perdí mi tiempo por haberme dado cuenta de mí mismo de una manera tan continuada y minuciosa? Los que se examinan solamente con la fantasía, y alguna vez con la palabra, no se analizan con exactitud igual, ni se penetran como quien de sí mismo hace su exclusivo estudio, su obra y su oficio, comprometiéndose a un largo registro, con toda la fe de que es capaz, e igualmente con todas sus fuerzas.

Los placeres más intensos, si bien ocurren en el interior, buscan no dejar traza ninguna, y escapan al análisis no solamente del pueblo, sino de las personas cultivadas. ¿Cuántas veces esta labor no me distrajo de tristezas y pesadumbres, incluidas todas las cosas frívolas? La naturaleza nos dotó de una facultad amplia para aislarnos, y con frecuencia a ella nos llama para enseñarnos que nos debemos en parte a la sociedad, pero la mejor parte nos la debemos

a nosotros mismos. Para obligar a mi fantasía a que incluso en sus divagaciones observe algún método, y para impedir que se evapore inútilmente, no hay como dar cuerpo y registrar todos los pensamientos menudos que se le presentan. Oigo mis divagaciones porque mi propósito es transcribirlas. Entristecido a veces porque la urbanidad y la razón me imposibilitaban censurar alguna acción, ¡cuántas veces no me desahogué aquí de ella, no sin la intención de que hacer un escarmiento público! Y, sin embargo, estos latigazos poéticos (¡Pim!, en el ojo. ¡Pam!, en el hocico! ¡Pum!, en las costillas del mico*) se imprimen todavía mejor en el papel que en la carne viva. Nada de extraño hay que ponga más atención a lo que leo para ver si puedo apropiarme de alguna cosa con que esmaltar o apuntalar el mío. Yo no he estudiado para hacer un libro, pero en ponerme a hacerlo sí he estudiado, si puede llamarse así a rozar y pellizcar por la cabeza o por los pies a veces a un autor, a veces a otro, no para formar mis opiniones, sino para fortalecerlas y secundarlas cuando estaban ya formadas.

¿Pero a quién otorgaremos crédito hablando de sí mismo, en una época tan estropeada como la nuestra en la que a pocos —o a nadie— podemos creer cuando hablan de los demás? El principal rasgo de la corrupción de las costumbres

* MAROT, es su epístola titulada Fripelippes, criado de Marot, a Sagon.

es el destierro de la verdad, pues, como decía Píndaro, ser veraz es el comienzo de toda virtud y la primera condición que Platón exige al gobernador de su república. Nuestra verdad actual no es lo que la realidad muestra, sino en lo que se nos persuade que es, así como llamamos moneda no solamente a la legal, sino también a la falsa que circula. Silvano Massiliensi, que vivió en la época del emperador Valentiniano, dice “que en los franceses el mentir y perjurar no es vicio, sino una manera de hablar”. Quien quisiera ir más allá de ese testimonio, podría decir que ahora que a esos vicios los consideramos virtudes: todos se forman y acomodan a la mentira como si fuera un ejercicio honorable; el fingimiento es una de las cualidades más notables de nuestro siglo.

Por eso me he preguntado muchas veces de dónde podía provenir la costumbre que celosamente observamos de sentirnos ofendidos cuando se nos acusa de este vicio —tan común entre nosotros—, y que acusarnos de mentir constituya la mayor de las injurias que se nos puedan proferir. En este punto entiendo que es natural defenderse con mayor ahínco de los defectos que nos dominan más. Diríase que, al sentirnos afectados y conmovidos por la acusación, nos descargamos en cierto modo de la culpa; si incurrimos en ella, al menos la condenamos en apariencia. ¿No ocurrirá

también que esta acusación parece entrañar la de cobardía y pusilanimidad? ¿Puede existir alguna que supere a desdeñarse de la propia palabra y del propio saber?

Mentir es un vicio infame, que un antiguo pintó con oprobiosos colores cuando dijo: “es dar muestra de menospreciar a Dios, a la vez que temer a los hombres”. Es imposible representar con mayor elocuencia el horror, la vileza y el desarreglo que constituyen la esencia de la mentira, pues ¿qué puede resultar más vil que mostrarse cobarde para con los hombres y valeroso para con Dios? Guiándose nuestra inteligencia por el solo camino de la palabra, el que la falsa traiciona la sociedad pública. Ese es el único instrumento por cuyo concurso se comunican nuestras voluntades y pensamientos; es el intérprete de nuestra alma. Si nos falta, ya no subsistimos, ni nos conocemos los unos a los otros. Si nos engaña, rompe todo nuestro comercio y disuelve los vínculos de nuestro pueblo. Ciertas naciones de las nuevas Indias (no hay para qué citar sus nombres, no existen ya, pues la desolación de esta conquista, de modo inaudito, abolió estos nombres y se extendió hasta la anulación del antiguo conocimiento de los lugares) ofrecían a sus dioses sangre humana, y la sacaban de la lengua y de las orejas para expiar del pecado de la mentira, tanto oída como pronunciada. Decía Lisandro que a los muchachos

se divierte con las tabas y a los hombres con las palabras.

Con respecto a los distintos usos del desmentir y las leyes de nuestro honor, y a las modificaciones que estas han experimentado, dejo para otra ocasión decir lo que sé. Entretanto, si es posible, procuraré descubrir el momento en que comenzó esta costumbre de pesar y medir tan exactamente las palabras y de hacer que de ellas dependiera nuestra reputación, pues es fácil convencerse de que no existía antiguamente, en tiempo de griegos y romanos. Por eso me ha parecido nuevo y extraño el verlos desmentirse e injuriarse sin que ninguna de las dos cosas constituyera motivo para iniciar una pelea. Sin duda las leyes de su deber tomaban otro camino distinto de las nuestras. A César se le llama a veces ladrón, y a veces borracho en sus barbas, y vemos que sin importar la libertad en las invectivas que se lanzaban los unos contra los otros —y me refiero a los principales caudillos de una y otra nación—, las palabras se contestan solamente con las palabras, sin que se desprenda de estas ninguna otra consecuencia.

DE LA LIBERTAD DE CONCIENCIA

ES COMÚN VER QUE LAS BUENAS INTENCIONES cuando se practican sin moderación empujan a los hombres a realizar actos censurables. En este debate de guerras civiles por el cual Francia se encuentra trastornada en medio de guerras civiles, el partido mayor y más sano es sin duda el que defiende la religión y el modo de gobierno antiguos de nuestro país. Sin embargo, entre los hombres de bien que sostienen la buena causa (pues no hablo de los que con ella se sirven de pretexto para ejercer sus venganzas personales, o para saciar su avaricia, o para buscar la protección de los príncipes, sino de aquellos a quienes mueve solo el celo por la religión y o el deseo de encontrar la paz y el orden de su patria), entre estos, digo, se ven muchos a quienes la pasión arrastra fuera de los límites de la razón y los hace a veces tomar determinaciones injustas, violentas e incluso insensatas.

Verdad es que en los primeros tiempos en que nuestra religión comenzó a adquirir autoridad mediante las leyes, el celo armó a muchos contra toda suerte de libros paganos, con lo cual los escritores experimentan hoy una pérdida extraordinaria. Creo que este desorden ha ocasionado mayores males a las letras que todas las hogueras de los bárbaros. Una buena prueba de esto es Cornelio Tácito; a pesar de que el emperador del mismo nombre, su pariente, poblara por ordenanza expresa todas las bibliotecas del mundo con la obra de aquel, ni un solo ejemplar completo pudo escapar a las minuciosas pesquisas de los que anhelaban aniquilarlo, a causa de cinco o seis cláusulas insignificantes contrarias a nuestra creencia. Asimismo aquellos prodigaron fácilmente falsas alabanzas a todos los emperadores que defendieron el catolicismo, a la vez que condenaron todas las acciones de los que nos fueron adversos, como puede verse por el emperador Juliano, llamado el Apóstata.

Este era en verdad hombre preeminente y excepcional, por cuanto tuvo su alma vivamente impregnada por los razonamientos de la filosofía, a los cuales procuraba, con todas sus fuerzas, ajustar sus acciones. Y, en efecto, dejó ejemplos notables en toda clase de virtudes. En cuanto a la castidad (de la cual su vida da claro testimonio), se lee de él un rasgo semejante a los de Alejandro y Escipión: en

medio de muchas y bellísimas cautivas ni siquiera quiso nunca ver ninguna, encontrándose en la flor de su edad, pues fue muerto por los partos cuando contaba treinta y un años solamente. En lo tocante a la justicia, se tomaba el trabajo de oír a las partes, y aunque por simple curiosidad se informara de la religión de los que comparecían ante él, la enemistad que le movía contra nuestra religión no ponía ningún contrapeso en la balanza. Él mismo hizo algunas leyes excelentes y alivió una gran parte de los impuestos y subsidios que establecieron sus predecesores.

Hay dos buenos historiadores que fueron testigos oculares de sus actos. De ellos, Marcelino censura con acritud en diversos lugares de su obra uno de sus decretos por virtud del cual prohibía la enseñanza a todos los retóricos y gramáticos cristianos, declarando de paso el cronista que esta acción de su mando hubiera deseado verla sepultada en el silencio. Es verosímil que, si algo más duro hubiera hecho contra nosotros, Marcelino no lo hubiera callado, siendo tan afecto a nuestra causa. Era severo con nosotros, es verdad, pero no fue un cruel enemigo, porque los mismos cristianos cuentan que, paseándose una vez por las cercanías de la ciudad de Calcedonia, Maris, obispo de esta, se atrevió a llamarle perverso y traidor a Cristo, y que él no tomó venganza alguna contra el insulto, limitándose a contestar

“Apártate, miserable; mejor harías en llorar la pérdida de tus ojos”; a lo cual el obispo repuso: “Yo doy gracias a Jesucristo por haberme quitado la vista para no contemplar tu rostro insolente”; palabras que Juliano oyó, según dicen los cristianos, con resignación filosófica. No concuerda este hecho con las crueldades que contra nosotros se le atribuyen. “Era —dice Eutropio, mi otro testigo—, enemigo de la cristianidad, pero sin llegar al derramamiento de sangre”.

Volviendo a su justicia, nada se le puede recriminar si no es el rigor que desplegó en los comienzos de su imperio contra los seguidores de Constancio, su predecesor. En cuanto a su sobriedad, llevaba siempre una vida de soldado, y se alimentaba en plena paz como quien se preparaba y acostumbraba a la austeridad de la guerra. En él era tan grande la vigilancia, que dividía la noche en tres o cuatro partes, y consagraba la menor de estas al sueño; el resto lo empleaba en supervisar personalmente el estado de su ejército y en estudiar, pues entre los demás singulares méritos que le adornaban era hombre experto en toda suerte de literatura. Se cuenta de Alejandro Magno que, cuando estaba acostado, temiendo que el sueño obscureciese sus reflexiones y estudios, hacía colocar un platillo junto al lecho, apoyaba uno de sus brazos fuera de este, y en la mano una bola de cobre, a fin de que, si se quedaba dormido, la

caída de la bola en el platillo lo despertara. Juliano estaba tan determinado a cumplir sus designios, y estaba tan limpio de vanidades por su singular abstinencia, que podía prescindir de ese artificio. En cuanto a su capacidad militar, Juliano fue ejemplar en todas las cualidades que deben adornar a un gran capitán. Casi toda su vida la empleó en el ejercicio de la guerra, contra nosotros, en Francia, contra los alemanes y los francos. Apenas se guarda memoria de hombre que haya corrido más azares, ni que con mayor frecuencia haya puesto a prueba su persona.

Su muerte tiene algún parecido con la de Epaminondas, pues fue herido por una flecha; intentó arrancársela, y lo hubiera conseguido, pero, como tenía filo, se hizo una cortadura en la mano que lo debilitó aun más. Malherido como se encontraba, no cesaba de pedir que lo llevaran a la pelea para enardecer a sus soldados, quienes valientemente hicieron frente al enemigo sin su jefe hasta que la noche separó los ejércitos. Se debía a la filosofía su singular menosprecio por su propia vida y por todas las cosas humanas, y creía además firmemente en la eternidad de las almas.

En materia de religión, sus defectos eran grandes. Se le llamó el Apóstata por haber abandonado la nuestra; sin embargo, me parece más verosímil creer que nunca creyó en ella con fe cabal, sino que simuló profesarla por prestar

obediencia a las leyes hasta el momento en que se adueñó del imperio. Fue tan supersticioso en la suya, que hasta los mismos que en su época creían en esta se burlaban de él en este punto; y se decía que de haber ganado la batalla contra los partos habría agotado la raza bovina para dar abasto a sus sacrificios. Se fiaba tanto en las artes adivinatorias que concedía autoridad suma a toda suerte de pronósticos. Al morir, dijo entre otras cosas que se sentía reconocido a los dioses y les daba gracias por no haberle dado muerte de sorpresa —pues le advirtieron hacía mucho tiempo el lugar y hora de su fin— y por permitirle abandonar la vida ni con blandura ni cobardía —propio de personas ociosas y delicadas—, ni tampoco de una manera prolongada y dolorosa; glorificaba a los dioses por haber consentido morir noblemente, durante el curso de sus victorias, en medio de lo mejor de su gloria. Había tenido una visión semejante a la de Marco Bruto, primeramente en la Galia que luego se le volvió a aparecer en Persia, en el momento de su muerte. Esas palabras que se le atribuyen cuando se sintió herido (“Venciste, nazareno” o, como otros afirmaban, “Alégrate, nazareno”) no se habrían olvidado de haber sido creídas por los testigos de los que hablé antes, quienes estando presentes en el ejército tuvieron ocasión de advertir hasta sus más insignificantes movimientos y palabras, como

tampoco hubieran dejado de consignar ciertos milagros que se le achacan.

Volviendo al asunto de mi tema, diré que, según afirma Marcelino, incubó el paganismo durante largo tiempo en su corazón, pero, considerando que todos sus soldados eran cristianos, no se atrevió a hacerlo público. Luego, cuando se vio suficientemente fuerte para osar hacer pública su voluntad, mandó que se abrieran los templos de los dioses y puso en juego todos los medios para implantar su idolatría. Para conseguirlo, como encontrara en Constantinopla al pueblo separado de los prelados de la Iglesia cristiana, que estaban divididos, hizo llamar a estos a su palacio, y los amonestó para que al punto apaciguaran sus disensiones civiles, y que cada cual sin obstáculo ni temor se pusieran al servicio de su religión, motivado por la esperanza de que esta libertad aumentaría los partidos y las cábalas de la división, e impediría al pueblo congregarse y fortificarse contra él por acuerdo e inteligencia unánimes. Merced a la crueldad de algunos cristianos, Juliano tuvo ocasión de convencerse “de que en el mundo no hay animal tan temible para el hombre como el hombre mismo”.

Estas eran, poco más o menos, sus propias palabras. Es digno de notar que este emperador recurre, para atizar los trastornos de la disensión civil, a la misma fórmula que

nuestros reyes acaban de emplear para extinguirla. Por una parte puede decirse que el dar rienda suelta a los distintos partidos, permitiéndoles el mantenimiento de sus ideas, es difundir y sembrar la división, prácticamente fomentarla, no poniendo trabas ni coerciones con leyes que les pongan freno. Sin embargo, por otro lado, puede también decirse que dejar en libertad completa a los partidos para que sustenten sus ideas es ablandarlas y aflojarlas por la libertad que se les concede, y por ende embotar el aguijón, que se aguza merced a la rareza, novedad y dificultad. Con todo, para hacer honor a la devoción de nuestros monarcas, creo yo que, no habiendo logrado lo que querían, simularon querer solo lo que pudieron.

DE UNA CRIATURA MONSTRUOSA

ESTE CAPÍTULO VA SIN COMENTARIOS, PUES DEJO a los médicos la tarea de discurrir sobre el caso. Anteayer vi una criatura, a quien llevaban dos hombres y una mujer que le servía de nodriza, los cuales dijeron ser su padre, su tío y su tía. La mostraban, por su rareza, para ganarse la vida, y por lo demás, tenía un aspecto normal (a diferencia de lo que diré luego): se sostenía, sobre ambos pies, andaba y balbuceaba casi como todas las demás criaturas de su edad. No se había nutrido aún de otro alimento que la leche de su nodriza, y lo que le pusieron en la boca en mi presencia lo masticó un poco y lo arrojó, sin tragarlo; sus gritos sí parecían algo peculiares y su edad era de catorce meses justos. Por debajo de las tetillas estaba sujeta y pegada a otro niño, sin cabeza, que tenía el conducto de la espalda cerrado; el resto del cuerpo era perfecto, pues si bien un

brazo era más corto que el otro, pues se le había roto por accidente cuando nació. Los dos estaban unidos frente a frente, como si un niño pequeño quisiera abrazar a otro un poco más grandecito. El espacio y juntura por donde se sostenían era solo de cuatro dedos próximamente, de suerte que, levantando la criatura imperfecta, se hubiera visto el ombligo de la otra; la soldadura acababa en este principiando en las tetillas. El ombligo del que estaba incompleto no se podía ver, pero sí el resto de su vientre. Lo que no estaba pegado —como los brazos, los muslos, el trasero y las pernas— pendía y colgaba del otro y le llegaba como a media pierna. La nodriza nos dijo que orinaba por los dos conductos, de suerte que los miembros de la criatura imperfecta se nutrían y vivían lo mismo que los de la otra, salvo que eran algo más pequeños y menudos.

Este cuerpo doble y estos miembros diversos relacionados con una sola cabeza podrían procurar al rey un pronóstico favorable sobre el mantenimiento, bajo la unión de sus leyes, de los diversos partidos de nuestro Estado. Pero, temiendo que no ocurra lo esperado, es mejor no hacer caso, pues no hay nada mejor que adivinar sobre hechos ya ocurridos (“pues, una vez los hechos acontecen, pueden armonizarse con la profecía, mediante la interpretación que mejor

convenga" (Cicerón, Sobre la adivinación, II, 22)*, como se dice de Epiménides, que adivinaba las cosas pasadas).

En Medoc acabo de ver un pastor de treinta años próximamente, sin rastro de órganos genitales. Tiene solo tres agujeros por donde secreta la orina continuamente; es bien barbado, siente el deseo sexual y busca el contacto femenino. Lo que nosotros llamamos monstruos no lo son a los ojos de Dios, quien ve en la inmensidad de su obra la infinidad de formas que comprendió en ella. Y se puede presumir que esta figura que nos sorprende se relacione y fundamente en alguna otra del mismo género desconocida para el hombre. De la infinita sabiduría divina nada emana que no sea bueno, natural y conforme al orden, pero nosotros no vemos la correspondencia y relación. "Lo que vemos a diario no nos admira pese a que ignoramos por qué acontece; lo que nunca se ha visto, cuando ocurre por primera vez, parece maravilloso" (Cicerón, Sobre la adivinación, II, 22).** Llamamos contrario a la naturaleza a aquello que es contrario a la costumbre. Nada existe que no esté en armonía con la naturaleza, sea lo que sea. Que esta razón universal y natural desaloje de nosotros el error y la sorpresa que la novedad nos procura.

* Cicerón, de Divinat., II, 22.

** CICERÓN, de Divinat., II, 22.

EL ARTE DE CONVERSAR

Es una costumbre de nuestra justicia condenar a algunos como advertencia para los demás. Condenarlos simplemente porque incurrieron en delito sería una tontería, como dice Platón, pues no hay poder humano que deshaga lo ya hecho. A fin de que nadie cometa una falta similar, o para evitar que el ejemplo se difunda, la justicia se ejerce: no se corrige al que se ahorca, sino a los demás por medio de él. Lo mismo me pasa a mí: mis errores son naturales e incorregibles, y como los hombres de bien aleccionan al mundo haciéndose imitar, quizás pueda yo servir de provecho haciendo que mi conducta se evite: “¿No ven que el hijo de Albio vive mal y que Barro se ve reducido a la miseria? Estos ejemplos nos enseñan a no disipar nuestro patrimonio” (Horacio). Publicando y acusando mis imperfecciones, alguien aprenderá a temerlas. Las cualidades que más estimo de mí alcanzan mayor honra cuando me critico que

cuando me elogio, por eso insisto y me detengo en ellas más frecuentemente. A fin de cuentas, nunca es un desperdicio hablar de sí mismo: cuando me critico, siempre me creen; cuando me alabo, me desacreditan. Puede que haya hombres con un temperamento semejante al mío; mi naturaleza es tal que mejor me instruyo por oposición que por semejanza, y más evitando algo que continuándolo. A este tipo de enseñanza se refería el viejo Catón cuando decía “que los cuerdos tienen más que aprender de los locos, que no los locos de los cuerdos”. Y asimismo aquel antiguo tañedor de lira que, según cuenta Pausanias, tenía por costumbre obligar a sus discípulos a oír a un mal músico, que vivía frente a su casa, para que aprendieran a odiar sus disonancias y falsas medidas. El horror de la crueldad me inclina más hacia la clemencia que cualquier modelo de esta virtud; no corrige tanto mi postura un buen jinete como un procurador o un veneciano a caballo. Un mal uso del lenguaje mejora más el mío que un buen uso. A diario la torpeza de alguien me advierte y aconseja. Y lo que lastima me conmueve y despierta más que lo que me agrada. Este tiempo en que vivimos es adecuado para enmendarnos dando pasos atrás, más por inconformidades que por acuerdos. Estando poco adoctrinado por los buenos ejemplos, me sirvo de los malos, de los cuales la lección es frecuente y cotidiana. Me he

esforzado en ser agradable, al ver actuar a otros de modo tan infortunado; he tratado de actuar con firmeza, al ver cómo eran de blandos los que me rodeaban; y he procurado ser más benévolo, viendo la crueldad de otros. Pero me proponía cumplir una tarea inalcanzable.

El más fructífero y natural ejercicio de nuestro espíritu es, a mi modo de ver, la conversación: encuentro su práctica más agradable que ninguna otra acción de nuestra vida, por lo cual, si yo ahora me viera en la necesidad de elegir, concedería perder la vista antes que el oído o el habla. Los atenienses, y aun los romanos, preservaban con gran honor este ejercicio en sus academias. En nuestra época los italianos conservan algunos vestigios, y con visible provecho, como puede verse comparando nuestros entendimientos con los suyos. El estudio de los libros es un movimiento lánguido y débil, que apenas vigoriza: la conversación enseña y ejercita al mismo tiempo. Si yo converso con un alma fuerte, con un probado luchador, este me sacude por lado y lado, me azuza por derecha e izquierda; sus ideas hacen surgir las mías: el celo, la gloria, el calor vehemente de la disputa, me empujan y realzan por encima de mí mismo. Y la unanimidad hace aburrida la conversación.

Así como nuestro espíritu se fortalece al relacionarse con los que son vigorosos y cabales, es imposible calcular cuánto

pierde y se rebaja cuando frecuenta los espíritus bajos y enfermizos. No hay contagio que se propague tan fácil como este. Sé por experiencia cuánto me ha afectado. Disfruto de argumentar y discurrir, pero con pocos hombres y para mí, pues mostrarme como un espectáculo ante los poderosos, y mostrar en competencia el ingenio y la charla, me parece que es un oficio que sienta mal a un hombre de honor.

Es la estupidez una característica detestable, pero no poderla soportar, e irritarse y consumirse por ella, como a mí me ocurre, constituye otra suerte de enfermedad, que poco se diferencia de aquella. Este es el vicio que quiero denunciar en mí.

Me pongo a conversar y a discutir con gran libertad y facilidad, tanto más cuanto que la opinión encuentra en mí un terreno inapropiado para penetrar y echar raíces. Ninguna afirmación me escandaliza y ni ninguna creencia me hierre, por contrarias que sean a las mías. No hay fantasía, por extravagante y frívola que sea, que deje de parecerme natural, pues emanan del humano espíritu. Los que privamos a nuestro espíritu del derecho a juzgar, actuamos con indulgencia ante la diversidad de opiniones, y si a ellas no prestamos nuestro juicio les prestamos el oído fácilmente. Allí donde uno de los platillos de la balanza está completamente vacío, yo dejo que el otro se incline con los sueños de una

vieja. Y me parece excusable si acepto más bien el número impar, y si antepongo el jueves al viernes. También prefiero la docena o el número catorce al trece en la mesa. Y, cuando viajo, me gusta más ver una liebre al lado del camino que cruzándolo, y prefiero primero calzarme antes el pie derecho que el izquierdo. Todas estas quimeras que gozan de crédito entre nosotros merecen al menos ser oídas. En mí inspiran la inanidad, pero en todo caso algo inspiran. Las opiniones vulgares y casuales son cosa distinta de la nada en la naturaleza, y quien así no las considera cae acaso en el vicio de la testarudez por evitar el de la superstición.

Así, pues, los juicios contrarios ni me ofenden ni me alteran, más bien me acicatean y ejercitan. Rehuimos de la contradicción, en vez de acogerla y mostrarnos a ella de buen grado, principalmente cuando viene del conversar y no del prescribir. En las opiniones contrarias no consideramos si aquellas son justas, sino que buscamos la manera de refutarlas: en lugar de tender los brazos afilamos las uñas. No me importa ser retado por mis amigos, y oír que me dicen por ejemplo: “Eres un tonto; estás soñando”. Me gusta, entre los hombres bien educados, de que cada cual se exprese valientemente, y que las palabras vayan donde va el pensamiento: hace falta fortalecer el oído, y endurecerlo, contra la blandura del sonido ritual de las palabras. Me gusta la

compañía robusta y viril, la amistad que se forja con el vigor y la rudeza, como el amor se complace con mordeduras y sangrientos arañazos. No es suficientemente vigorosa y generosa cuando las discusiones están ausente, cuando la dominan la civilidad y la artificialidad, cuando teme la confrontación y sus maneras no son espontáneas: “Porque no hay discusión sin contradicción” (Cicerón). Cuando se me refuta, mi atención despierta, no mi cólera; yo me acerco hacia quien me contradice, siempre y cuando me instruya: la causa de la verdad debiera ser común a uno y otro contrincante. ¿Qué contestará el objetado? La pasión de la cólera obscureció ya su juicio: el desorden se apoderó de él antes que la razón. Sería conveniente que se hicieran apuestas sobre el triunfo en nuestras disputas; que hubiera una marca material de nuestras pérdidas, a fin de que las recordáramos, y de que por ejemplo mi criado pudiera decirme: “El año pasado le costó cien escudos en veinte ocasiones distintas el haber sido ignorante y porfiado”. Yo festejo y acaricio la verdad cualquiera que sea la mano en que me la encuentre. Y con tal de que no se adopte un tono arrogante, imperioso o profesoral conmigo, me regocija el ser reprendido y me acomodo a quienes me amonestan. Y, más por motivos de cortesía que de enmienda, los complazco, por el gusto de fomentar la libertad. Cedo entonces fácilmente,

aun a mis propias expensas.

Sin embargo, es difícil hacer que los hombres de mi tiempo hagan lo mismo, pues no tienen el valor de ser corregidos, y hablan además con disimulo en presencia unos de otros. Experimento un placer tan intenso al ser juzgado y conocido, que me llega a parecer indiferente la manera en que suceda. Mi fantasía se contradice a sí misma con tanta frecuencia, que me da igual si otro la corrige, principalmente porque no doy a su reprensión más autoridad que la que yo mismo le doy. Sin embargo, me incomodo con los que son intransigentes, como alguno que conozco que lamenta, que se toma a mal que no sigan sus consejos y como una injuria no ser obedecido. Puede decirse que el hecho de que Sócrates acogiera siempre sonriendo las contradicciones que se presentaban a sus razonamientos era su fortaleza, y que, como la ventaja iba a recaer de su lado, las aceptaba como motivo adicional de triunfo. Mas nosotros vemos, por el contrario, que nada hay que nos vuelva más susceptibles que la convicción de ser superiores y el desdén del adversario. La razón nos dice que más bien al débil corresponde el aceptar de buena gana las discrepancias que lo enderezan y mejoran. En verdad yo busco más frecuentar a los que me amonestan que a los que me temen. Es un placer insípido y perjudicial el tener que tratar con personas que nos

admiran y nos ceden el sitio. Antístenes ordenó a sus hijos “que no agradecieran nunca las alabanzas de ningún hombre”. Yo me siento mucho más orgulloso de la victoria que sobre mí mismo alcanzo cuando en el ardor del combate me inclino bajo la fuerza del raciocinio de mi adversario, que de la victoria ganada sobre él por su flojedad.

En fin, yo recibo y apruebo toda suerte de ataques directos, por débiles que sean, pero no puedo soportar los que se acometen sin forma. Poco me importa la materia sobre la que se discute, y todas las opiniones las admito: la idea de la victoria también me es casi indiferente. Durante todo un día cuestionaré yo sosegadamente si la dirección del debate se mantiene ordenada. No es tanto la sutileza ni la fuerza lo que solicito como el orden; el orden que se ve todos los días en los altercados entre pastores y mozos de taller, jamás entre nosotros. Si se apartan del camino, es por falta de modales, igual que nosotros. Sin embargo el alboroto y la impaciencia no los desvían de su tema, las palabras siguen su curso. Si se anticipan unos a otros, si no se esperan, se escuchan al menos. Para mí se contesta siempre bien si se responde a lo que digo, pero cuando la disputa es confusa y desordenada, abandono el asunto y me aferro a la forma con enfado y desconsideración, y adopto una manera de debatir testaruda, maliciosa e imperiosa, de la cual luego

me avergüenzo. Es imposible tratar de buena fe con un tonto. A manos de un amo tan impetuoso, no solamente mi discernimiento se corrompe, sino también mi conciencia.

Nuestros altercados debieran prohibirse y castigarse como cualquier otro crimen verbal: ¿qué vicio no despiertan, constantemente regidos y gobernados por la cólera? Nos hacemos enemigos primero de las razones, luego de los hombres. No aprendemos a disputar sino para contradecir, y como cada cual contradice y es contradicho, acontece que el fruto del cuestionar no es otro que la pérdida y la aniquilación de la verdad. Por eso Platón en su *República* prohíbe este ejercicio a los espíritus ineptos y mal nacidos. ¿Qué sentido tiene ir en camino de la verdad con quien cuyo paso nada vale? No se hace ningún daño alguno a la materia que se discute si se la abandona para encontrar el mejor modo para tratarla, y no digo de una manera escolástica ni artificiosa, sino con un sano entendimiento. ¿Qué queda de esto? Pierden el objetivo principal y lo abandonan con el ruido de los incidentes: al cabo de una hora de tormenta, no saben lo que buscan; el uno está abajo, el otro arriba y el otro a un lado. Aquel choca con una palabra o con un símil; este no se hace ya cargo de las razones que se le oponen, tan impulsado está por la carrera que tomó, y que piensa continuar, siguiéndose a sí mismo y no a los

demás; otros, reconociéndose flojos, lo temen todo, todo lo rechazan, y desde el inicio todo lo mezcla y todo lo confunde; o bien, en el momento más candente del debate, se queda callado, por ignorancia despechada, mostrando un desdén orgulloso o, torpemente, elude la discusión mostrando una tonta contención, pues con tal que su actitud produzca efecto, nada le importa lo demás; otros cuentan sus palabras y las pesan como razones; hay quien no se sirve sino de la superioridad de su voz y sus pulmones; otro concluye contra sus propios principios; y aquel nos ensordece con digresiones e inútiles prolegómenos; está el que se arma de puras injurias, buscando una querrela absurda para librarse de la conversación y la compañía de un espíritu que busca el suyo. Este último nada ve en la razón, pero te mantiene asediado, ayudado por la cerrazón dialéctica de sus cláusulas y con las fórmulas de su arte.

Ahora bien, ¿quién no desconfía de las ciencias, y quién no se pregunta si se puede sacar algún provecho sólido de ellas, considerando el uso que les damos? “Esas letras no curan ningún mal” (Séneca). ¿Quién alcanzó entendimiento con la lógica? ¿Dónde van a parar tantas hermosas promesas? “No enseñe ni a vivir mejor ni a razonar ventajosamente” (Cicerón). ¿Acaso se ve una confusión mayor en una charla de pescadoras que en las públicas disputas de

los hombres que profesan las ciencias? Mejor preferiría que mi hijo aprendiera a hablar en las tabernas que en las escuelas de charlatanería. Encuentren a un maestro de filosofía y conversen con él; ¿no les parece su excelencia artificial, y cuánto no encanta a las mujeres y a los ignorantes, como nosotros somos, por virtud de la admiración y firmeza de sus razones, y de la hermosura y el orden de estas? ¿Hasta qué punto no nos persuade y domina a su antojo? Un hombre tan aventajado en la materia, y en el modo de manejarla, ¿por qué mezcla con su esgrima las injurias, la indiscreción y la rabia? Que se despoje de su caperuza, de su toga y de su latín; que no atormente nuestros oídos con su Aristóteles puro y crudo, y lo toman por uno de entre nosotros, o uno incluso peor. Juzgo que con este lenguaje enredado que emplean para abrumarnos ocurre lo mismo que con los prestidigitadores. Su flexibilidad fuerza y dobla nuestros sentidos, pero no conmueve en lo más mínimo nuestras opiniones: aparte de los malabarismos, no hacen nada que no sea común y vil: por ser más doctos no son menos ineptos.

Venero y honro el saber tanto como los que lo poseen, el cual, empleado en su recto y verdadero uso, es la más noble y poderosa adquisición de los hombres. Pero en los individuos de los que hablo (que son incontables), que establecen

su fundamental suficiencia y saber, que recurren a su memoria, en lugar de apelar a su entendimiento, “envolviéndose en la sombra ajena” (Séneca), y que de nada son capaces sin los libros, los detesto (si así me atrevo a decirlo) más incluso que a la estupidez. En mi país y en mi tiempo la ciencia hace crecer los bolsillos, en manera alguna las almas: si las encuentra embotadas, las empeora y las ahoga como una masa cruda o indigesta; si las encuentra sutiles, el saber fácilmente las purifica, esclarece y atenúa hasta la desaparición. Es una cosa cuyas cualidades son poco más o menos indiferentes; un accesorio muy útil para un alma bien nacida; pernicioso y dañosa para las demás. O más bien es un objeto muy valioso, que no se deja poseer a bajo precio: en unas manos es un cetro de rey; en otras, un bastón de loco.

Pero prosigamos. ¿Se puede pretender alguna victoria mayor que mostrarle a tu adversario que es imposible atacarte? Cuando logras que venza tu proposición, la verdad es la que sale victorioso; cuando logras que se impongan el orden y la acertada elaboración de los argumentos, eres tú el que sale ganando. Entiendo yo que, en Platón y en Jenofonte, Sócrates discute más bien en beneficio de los litigantes que en favor de la polémica, y con el fin de instruir a Eutidemo y a Protágoras en el conocimiento de su impertinencia mutua, más que en el de la impertinencia

de su arte. Se apodera de la primera materia como quien alberga un fin más útil que el de esclarecerla; las mentes es lo que se propone esclarecer y ejercitar. La agitación y la persecución nos corresponde a nosotros, y no tenemos excusa si la llevamos mal o inapropiadamente; el llegar a la meta es cosa distinta, pues vinimos al mundo para investigar diligentemente la verdad: poseerla corresponde a una potencia mayor. No está la verdad, como Demócrito decía, escondida en el fondo de los abismos sino más bien elevada en altitud infinita, en el conocimiento divino. El mundo no es más que una escuela de investigación. No se trata de llegar a la meta, sino de quién ejecutará las más bellas carreras. Lo mismo puede hacer el tonto quien dice verdad que quien dice mentira, pues se trata de la manera, no de la materia del decir. La tendencia mía es considerar igualmente la forma que la sustancia, lo mismo al abogado que a la causa, como Alcibíades ordenaba que se hiciera. Y todos los días me distraigo en leer diversos autores sin percatarme de su ciencia, buscando en ellos exclusivamente su manera, no el asunto de que tratan. Asimismo persigo la comunicación con algún espíritu ilustre, no con el fin de que me adoctrine, sino para conocerlo, y una vez conocido imitarle si vale la pena.

Al alcance de todos está el decir verdad, pero enunciarla ordenada, prudente y suficientemente pocos pueden

hacerlo. Por eso no me molesta encontrar el error cuando deriva de la ignorancia; lo que me subleva es la necesidad. Des hice varios negocios que me eran provechosos a causa de la impertinencia de aquellos con quienes los mantenía. Ni siquiera me molestan los fallos de quienes están bajo mi autoridad, pero dada la torpeza y testarudez de sus alegaciones, excusas y defensas, propias de asnos y bestias, todos los días estamos a punto de torcernos el cuellos. Ni entienden lo que se dice, ni el por qué, y asimismo responden; es para desesperar a un santo. Mi cabeza no choca rudamente sino con el encuentro de otra; transijo mejor con los vicios de mis gentes que con sus ligerezas, importunidades y torpezas. Que hagan menos, siempre y cuando lo hagan bien. Vivo con la esperanza de alentar su voluntad, pero de un tocón de árbol no se puede esperar nada.

Ahora bien, ¿qué decir si yo tomo las cosas diferentemente de lo que son en realidad? Es posible. De esto, acuso a mi intolerancia, a la que considero igualmente viciosa en quien tiene razón como en quien no la tiene, pues nunca deja de constituir una amarga tiranía no poder soportar una forma de ser distinta de la propia. Además, la verdad sea dicha, no hay simpleza más grande ni más habitual ni tampoco más estrambótica que la de alterarse e irritarse por las necesidades del mundo, porque principalmente nos

exaspera con nosotros mismos. Y a aquel filósofo del pasado [Heráclito] nunca mientras se consideró estuvo falto de motivos de lágrimas. Misón, uno de los siete sabios, afín a Timón y a Demócrito, interrogado sobre la causa de sus risas cuando se hallaba solo, respondió: “Por el mismo hecho de reírme solo”.

¡Cuántas tonterías no digo yo todos los días, según mi parecer, y cuántas más según el entender de los demás? ¿Qué no harán los otros si yo me muerdo los labios? En conclusión, es necesario vivir entre los vivos y dejar el agua que corra bajo el puente sin que nos importe, o por lo menos sin que nos intranquilece. Y si no, ¿por qué no nos inmutamos cuando tropezamos con alguien cuyo cuerpo está contrahecho y en cambio no podemos soportar la presencia de un espíritu desordenado sin montar en cólera? Esta reprochable intolerancia se debe más al juez que a la falta. Tengamos constantemente presente aquellas palabras de Platón: “Lo que juzgo malsano ¿no será por encontrarme yo en ese estado? ¿Yo mismo no incurro también en culpa? ¿Mi acusación acaso no puede volverse contra mí?” (Plutarco). Sentencias sabias y divinas que señalan el más universal y común error de los hombres. No ya solo las censuras que nos dirigimos los unos a los otros, sino nuestras razones también, nuestros argumentos y materias de controversia

pueden ordinariamente volverse contra nosotros: elaboramos hierro con nuestras armas, de lo cual la antigüedad me dejó hartos graves ejemplos. Ingeniosamente se expresó, y de manera adecuada, aquel que dijo: “A cada cual le gusta el olor de su propio excremento” (proverbio latino).

Nada ven nuestros ojos detrás de ellos: cien veces al día nos burlamos de nosotros al burlarnos de nuestro vecino; y detestamos en nuestro prójimo los defectos que residen en nosotros más palmariamente. Y de ellos nos sorprendemos con desfachatez y cinismo maravillosos. Ayer, sin ir más lejos, tuve ocasión de ver a un hombre sensato y entendido que se burlaba tan ingeniosa como justamente de las torpes maneras de otro, quien cansa a todo el mundo con el metódico recuento de sus genealogías y uniones, más de la mitad imaginarias (aquellos cuyos títulos son más dudosos y menos seguros se lanzan de mejor grado en estas disquisiciones). Sin embargo, él, si hubiera vuelto la mirada hacia sí mismo, se habría econocido no menos intemperante y fastidioso en el sembrar y hacer valer la prerrogativa de la estirpe de su esposa. ¡Importuna presunción, de la cual la mujer se ve armada por las manos de su propio marido! Si este entendiera latín, le diría con el poeta: “Ánimo! Si no está bastante loca, instiga más su locura” (Terencio).

No quiero decir que nadie pueda acusar si no se halla limpio de toda mancha, porque en ese caso nadie podría acusar a nadie. Pero lo que entiendo es que nuestro juicio, al arremeter contra otro, no nos puede eximir de una severa jurisdicción interna. Oficio propio de la caridad es que quien no puede arrancar un vicio de sí mismo procure, no obstante, apartarlo en otro donde la semilla sea menos maligna y rebelde. Tampoco me parece adecuada respuesta a quien advierte mi falta decirle que él también la comete. Nada tiene que ver eso, pues siempre la advertencia es verdadera y útil. Si tuviéramos buen olfato, nuestra basura debería apestarlos más, pues es nuestra. Y Sócrates opina que aquel que se reconozca culpable, y a su hijo, y a un extraño, de alguna violencia e injusticia, él debería comenzar por sí mismo a presentarse a ser condenado por la justicia e implorar, para purgarse, la ayuda de la mano del verdugo, y en segundo lugar a su hijo, y finalmente al extraño.

Los sentidos son nuestros propios y primeros jueces, los cuales perciben las cosas por sus accidentes externos; y no es extraordinario que, en todos los aspectos que constituyen nuestra sociedad, exista una tan permanente y general mezcla de ceremonias y superficiales apariencias, de tal suerte que en eso consiste la parte principal y más efectiva de los sistemas políticos. Nuestro trato constante es con el

hombre, cuya condición es maravillosamente corporal. Que los que quisieron instaurar en pasados años una práctica de la religión tan contemplativa e inmaterial no se asombren porque se encuentre a alguien que crea que se escapó y deshizo entre los dedos, si es que ya no se mantuvo entre nosotros como marca, título e instrumento de división y de partido más que por ella misma. Asimismo ocurre acontece en la conversación: la gravedad, el vestido y la fortuna de quien habla frecuentemente dan crédito a palabras vanas y estúpidas: es impensable que un señor al que siguen tanto, es tan temido, no albergue dentro una capacidad distinta de la vulgar; y que, a quien se encomiendan tantos cargos y comisiones, tan desdeñoso y ceñudo, no sea más hábil que aquel otro que le saluda de tan lejos y al que nadie emplea. No son solo las palabras, también los gestos de estas gentes se toman en consideración, se pesan y se miden: cada cual se esfuerza en darles alguna hermosa y sólida interpretación. Cuando se rebajan a una charla común a hablar y no se les muestra otra cosa que aprobación y reverencia, nos aturden con la autoridad de su experiencia: oyeron, vieron, hicieron, nos abruman con hechos de su vida. De buena gana les diría que el provecho de la experiencia de un cirujano no reside en la historia de sus operaciones, recordando que curó a cuatro apestados y tres gotosos, si no sabe de ellas

sacar partido para formar su juicio, y si no acierta a hacer nos sentir que se ha hecho más sabio con el ejercicio de su arte, del mismo modo que, en un concierto instrumental, no se oye un laúd, un clavicordio y una flauta, sino una armonía general, reunión y fruto de todos los instrumentos. Si los viajes y los cargos los enmendaron, háganlo ver con las producciones de su entendimiento. No basta contar las experiencias, es preciso además sopesarlas y asimilarlas; hay que haberlas digerido y alambicado para sacar de ellas las razones y conclusiones que encierran. Jamás hubo tantos historiadores; siempre es bueno y útil oírlos, pues nos proveen una gran cantidad de hermosas y laudables instrucciones sacadas del almacén de su memoria, ciertamente un instrumento necesario para el socorro de la vida. Pero no se trata de esto ahora, se trata de saber si esos recitadores y recopiladores son dignos de alabanza por sí mismos.

Yo detesto toda suerte de tiranía, tanto en las palabras como en los hechos. Me sublevo fácilmente contra esas vanas circunstancias que engañan nuestro juicio por la mediación de los sentidos, y, manteniéndome atento en lo tocante a grandezas extraordinarias, encontré que estas se componen en su mayor parte de hombres como todos los demás: “En efecto, el sentido común no abunda en gentes de tan alta fortuna” (Juvenal).

Acaso se los considera más pequeños de lo que realmente son, ya que emprenden más y se ponen más en evidencia: no pueden con la carga que llevan sobre sus hombros. Es necesario que haya una resistencia mayor en el porteador que en la carga; quien no ha hecho uso de toda su fuerza, hace que te preguntes si su resistencia ha llegado a su límite. Quien sucumbe ante la carga, descubre el tamaño de su debilidad. Por eso se ven tantas almas ineptas entre los hombres de estudios más que entre los otros hombres. Habrían podido ser excelentes padres de familia, buenos comerciantes, cumplidos artesanos: su vigor natural estaba cortado a esa medida. El saber en cambio les pesa enormemente, y se doblegan bajo su peso. Para ostentar y distribuir esta materia rica y poderosa, para emplearla y ayudarse, su espíritu carece de vigor y pericia; sólo puede residir sobre una naturaleza robusta. Ahora bien, las de esta índole son bien raras, y las naturalezas débiles, dice Sócrates, corrompen la dignidad de la filosofía al manipularla. La ciencia entonces se vuelve y viciosa cuando el estuche es defectuoso. Así los hombres se estropean y se enloquecen: “Tal ese mono que remeda al hombre y al que un niño cubre riendo con vistosa tela de seda; pero le deja el trasero desnudo produciendo así la risa a los invitados” (Claudio).

Análogamente, aquellos que nos rigen y gobiernan, los que tienen el mundo en su mano, no les basta poseer un entendimiento ordinario, ni poder lo que nosotros podemos. Están muy por debajo de nosotros sino están muy por encima. Así como su suerte promete más, también deben cumplir más.

Por eso les sirve el silencio, no ya solo porque infunde respeto y gravedad, sino también como instrumento de provecho y buen gobierno. Así Megabizo, cuando visitó a Apeles en su taller, permaneció largo tiempo sin decir palabra, y luego comenzó a discurrir sobre lo que veía, discursos que al cabo le valieron esta dura reprimenda: “Mientras te callaste, parecías algo grande a causa de las cadenas que te adornan y de tu pomposo continente; pero ahora que se te ha oído hablar, te menosprecian hasta mis criados”. Esos adornos magníficos, la resplandeciente profesión que desempeñaba, no le consentían permanecer ignorante como el vulgo y lo empujaron a hablar impertinente de lo que no entendía: debió quedarse callado y mantener esa aparente y presuntuosa capacidad. ¡A cuantas almas torpes, en mi tiempo, les sirvió adoptar un semblante estirado y taciturno como signo de prudencia y capacidad!

Las dignidades y los cargos se otorgan necesariamente más por fortuna que por mérito; y muchas veces se incurre

en grave error al culpar de ello a los monarcas: por el contrario, sorprende que la fortuna los acompañe casi siempre desplegando para ello tan poco acierto —“La mayor virtud de un príncipe es conocer perfectamente a sus súbditos” (Marcial)—, pues la naturaleza no los favoreció con mirada capaz de extenderse a tanta gente, y así discernir su excelencia, y penetrar luego en nuestros pechos, donde se albergan nuestra voluntad y nuestra más preciosa valía. No les queda más que escogernos por conjeturas y a tientas, según la familia a la que pertenecemos, por nuestras riquezas, por el saber y por la voz del pueblo, que son argumentos pobrísimos. Quien pudiera encontrar la manera de elegirnos con justicia y por razones fundamentales, establecería de repente una perfecta forma de gobierno.

“Dígase lo que se quiera, pero llevó a cabo ese plan”. Algo es algo, sin duda, pero eso no es bastante, pues también se acepta esta sentencia: “no se juzgan los planes por los resultados”. Castigaban los cartagineses las malas decisiones de sus capitanes aun cuando fueran enmendados por un dichoso desenlace; y el pueblo romano rechazó muchas veces victorias provechosas y grandes, porque la conducta del jefe no estuvo acorde con su éxito. Ordinariamente advertimos en los hechos mundanos que la fortuna, para mostrarnos su poderío sobre todas las cosas y cómo se

complació en apagar nuestra presunción, no pudiendo hacer sabios a los necios, los hizo dichosos, en oposición con todo sano principio, favoreciendo las tramas enteramente suyas. Por lo cual, cada día, vemos que los más sencillos de entre nosotros consiguen llevar a término grandes empresas, privadas y públicas. Así el persa Siramnes respondió a los que se asombraban de que sus negocios anduvieran tan mal, pese a que sus propósitos eran prudentes y sensatos, que él tan solo era dueño de sus iniciativas, mientras que el éxito de sus negocios lo era la fortuna. Las gentes de que hablo pueden responder de la misma manera, aunque por razones contrarias. La mayor parte de las cosas de este mundo se hacen por sí mismas: “Los destinos se abren camino” (Virgilio). El desenlace a veces revela una conducta estúpida: nuestra participación resulta apenas rutinaria, y comúnmente obedece más a costumbre que a la razón. Maravillado por la grandeza de una hazaña, supe por los mismos que la llevaron a cabo los motivos del acierto. En ellos no encontré sino razones vulgares; y las razones más vulgares y habituales son también acaso las más seguras y eficaces en la práctica, y acaso también para mantener las apariencias.

¿Qué podemos decir si las razones más anodinas son las más consistentes?, ¿y si las más bajas y débiles, y las más

trilladas, son las que permiten solucionar mejor los asuntos? Para que los consejos de los reyes preserven su autoridad, hay que evitar que los profanos participen en ellos y solo los vean desde la barrera; para mantener su reputación, se debe reverenciar mediante la fe y en conjunto. Cuando reflexiono en algo, sondeo un poco la materia y la examino por encima; y acostumbro poner en manos del cielo lo fuerte y primordial: “Deja lo demás a los dioses” (Horacio).

La ventura y la desventura son, a mi entender, dos potencias soberanas. Es imprudente considerar que la humana previsión pueda desempeñar el papel de la fortuna, y vana es la empresa de quien pretende abarcar las causas y consecuencias, y conducir por sí mismo el desarrollo de su obra — vana sobre todo en las deliberaciones de la guerra—. Jamás hubo mayor circunspección y prudencia militar de las que se ven a veces entre nosotros; ¿será tememos perdernos si nos reservamos para el final del juego? Diré más: nuestra prudencia y sabiduría siguen casi siempre la dirección del azar: mi voluntad y mi discurso se mueven hacia a un lado, hacia el otro, y hay muchos de estos movimientos que no dependen de mí. Mi razón experimenta impulsoes y agitaciones diarias e imprevistas: “La disposición del alma cambia constantemente; cuando una pasión la agita, el viento la arrastra hacia otra parte” (Virgilio).

Basta observar quiénes son los más poderosos en las ciudades, y quiénes son los que mejor cumplen sus tareas; se verá ordinariamente que son los menos hábiles. Ha ocurrido que mujeres, niños y tontos han gobernado grandes Estados, al igual que los príncipes más capaces; y acierta mejor —dice Tucídides— la gente ordinaria que la sutil. Atribuimos esta buena suerte a la prudencia. “Si se elevan gracias la buena fortuna, todos alabarán vuestra habilidad” (Plauto). Por esto no me falta razón si digo que en todas las cosas los acontecimientos son testimonios escasos de nuestro valor y capacidad.

Decía, pues, que no basta ver a un hombre en un lugar relevante: aunque tres días antes lo hayamos conocido como sujeto de poca monta, se filtra en nuestra opinión sobre él una idea de grandeza e inteligencia; y nos persuadimos de que al ascender en jerarquía y en fama, ha crecido también en mérito. Lo juzgamos no conforme a lo que vale, sino según la prerrogativa de su rango. Pero en cuanto la fortuna cambia, y cae y se va a mezclar con las masas, y entonces todos se preguntan, sorprendidos, por la causa que lo había llevado a semejante altura “¿Es el mismo?”, se preguntan. “¿No era antes más aventajado? ¿Los príncipes se conforman con tan poco? ¡En verdad, estábamos en buenas manos!”. Es algo que he visto con frecuencia: hasta los

personajes notables de las comedias nos impresionan en algún modo, y nos engañan. Aquello que yo mismo adoro en los monarcas es la multitud de sus adoradores: se les debe toda inclinación y sumisión, salvo la del entendimiento; mi razón no está hecha a doblegarse, son mis rodillas las que se humillan.

Cuando le preguntaron a Melancio sobre la tragedia de Dionisio, respondió: “No la he visto, contestó, tan oscuro es su lenguaje”. De la misma manera, casi todos los que juzgan los discursos de los poderosos deberían decir: “No he entendido lo que dijo, tan impregnado estaba de gravedad, grandeza y majestad”. Antístenes persuadió a los atenienses para que ordenaran que, así como a los caballos, emplearan a sus asnos en la labranza de tierras, a lo cual se le repuso que esos animales no habían nacido para tal servicio: “Es lo mismo —replicó el filósofo—, solo hace falta que lo ordenen, pues los hombres más incapaces a quienes encomiendan la dirección de las guerras se vuelven de repente dignísimos porque les dieron ese encargo”. Esto tiene que ver con la costumbre de tantos pueblos que canonizan a un elegido, y no contentos con esto lo adoran. Los de México, luego de terminadas las ceremonias de la proclamación, no se atreven ya a mirar a la cara de su soberano, cual si le hubiera vuelto un dios por su realeza; entre los juramentos

que le hacen proferir, además de que mantenga la religión, las leyes y las libertades, y de que sea valiente, justo y bondadoso, jura también que el sol seguirá su curso acostumbrado, que las nubes se descargarán en el momento oportuno, que los ríos seguirán su curso y que la tierra producirá todas las cosas necesarias a su pueblo.

Yo soy por naturaleza opuesto a esta común manera de ser; y desconfío de la capacidad cuando la veo acompañada de grandeza, de fortuna y de alabanza popular: es necesario fijarnos de cuánta ventaja hay si tenemos la posibilidad de elegir el momento de hablar y el punto de vista, de interrumpir la conversación o cambiarla con autoridad magistral, y de defenderse contra la oposición ajena con un movimiento de cabeza, con una sonrisa o con el silencio, ante una audiencia que se estremece de puro respeto y reverencia. En una ocasión, un hombre de desmesurada fortuna dio su parecer en una conversación ligera llevada sin ceremonia en su mesa, comenzó de este modo su intervención: “Quien diga lo contrario no puede ser más que un embustero o un ignorante...”. Acojan esta agudeza filosófica con un puñal en la mano.

He aquí otra advertencia de la que extraigo gran provecho: en las disputas y conversaciones todas las palabras que nos parecen buenas no deben ser aceptadas de inmediato.

La mayor parte de los hombres son ricos en saberes que no son los suyos. Puede muy bien ocurrir que cierto individuo diga una máxima afortunada, o dé una buena respuesta o una frase justa, y llevarlas adelante desconociendo su fuerza. Que no se es poseedor de todo lo que tomamos prestado lo puedo comprobar conmigo fácilmente. No hay que ceder por más bella o verdadera sea una afirmación; hay que intentar refutarla o replegarse, con el pretexto de no entenderla, para tantear de todas las maneras qué lugar tiene en quien la dice. Y aun así puede ocurrir que nos asestemos el golpe a nosotros mismos y ayudemos al adversario a darnos alcance. Antes repliqué muchas veces movido por la necesidad y el fragor del combate, que fueron más allá de mi intención. Así, cuando debato con un hombre vigoroso, me complazco en anticipar sus conclusiones y le allano la tarea de interpretarse, procurando anticipar su imaginación, naciente e imperfecta aún (el orden y la pertinencia de su entendimiento me advierten y amenazan de lejos); con aquellos otros, inconscientes, hago todo lo contrario: nada hay que entender sino lo que estrictamente nos dicen, ni nada hay que presuponer. Si juzgan en términos generales —“Esto es bueno; aquello no lo es”— y aciertan, hay que ver si no acertaron por casualidad: que circunscriban y limiten su afirmación explicando el porqué y el cómo.

Esos juicios universales, que tan comúnmente se hacen, nada dicen; son propios de gustos que saludan al pueblo en masa. Los que lo conocen verdaderamente lo saludan distinguiendo a sus individuos. Pero esto es una empresa arriesgada: he visto a diario que algunos espíritus débilmente constituidos, queriendo alardear de ingeniosos en el juicio que les sugiere la lectura de alguna obra, procurando señalar la belleza culminante de esta, señalan lo que despierta su admiración con tan desdichado tino que, en lugar de enseñarnos la excelencia del autor, nos muestran su propia ignorancia. Se puede exclamar con mucha seguridad: “Eso es hermoso”, tras oír una página entera de Virgilio. Por ahí se salvan los más listos. Sin embargo, la empresa de seguirlo punto por punto, con juicio expreso y escogido; señalar en dónde un buen autor sobresale, pesando las palabras, las frases, las invenciones y sus diversos méritos, no es una buena idea. “No basta oír lo que todos dicen, hay que examinar además lo que piensa cada cual y por qué lo piensa”. Diariamente oigo a los tontos decir palabras que no lo son; dicen una cosa buena: sepamos hasta dónde la penetran: veamos por qué lado la agarraron. Nosotros los ayudamos a emplear esa bella expresión y esa buena razón, que no poseen sino que simplemente almacenan: acaso las produjeron por casualidad y a tientas. Nosotros les damos

crédito y las valoramos. Les damos una mano. ¿Y para qué? No lo agradecen, al contrario se vuelven más tontos: no los sigan, dejen que caminen solos. Tratarán esta materia con miedo de escaldarse; no se atreven a manipularla, ni a presentarla con un aspecto diferente, ni a profundizarla. Por poco que se la modifiquemos, se les escapará: son armas hermosas, pero torpemente empuñadas. ¡Cuántas veces lo he presenciado! Y si los iluminas y confirmas lo que dicen, de inmediato atrapan y se roban tu interpretación: “Eso es lo que yo quise decir: esa era exactamente mi idea; si yo no la dije así, fue porque me expresé mal”. Sople, y verán lo que queda. Es necesario echar mano hasta de la malicia misma para corregir esa torpe altivez. El principio de Hegesías, según el cual “no hay que odiar ni acusar, sino instruir”, es razonable en otros asuntos, aquí es injusto socorrer y endeerezar a quien nada puede hacer con semejantes beneficios y a quien con ellos vale menos. Yo me complazco en dejarlos encenagarse y atascarse más todavía de lo que ya lo están y tan adentro, si es posible, que al fin lleguen a reconocerse.

La torpeza y el trastorno de los sentidos no son cosas que se curan con simples advertencias; al respecto podemos responder como lo hizo Ciro a quien lo apremió para que alentase a su ejército antes del inicio de una batalla: “Los hombres no se vuelven valientes y temerarios instantáneamente,

por los efectos de una buena arenga; como tampoco nadie se convierte en músico con oír una buena canción”. Es necesario el aprendizaje previo alimentado por educación larga y constante. Este cuidado lo debemos a los nuestros, y lo mismo la asiduidad en la corrección o instrucción, pero ir a sermonear al primer transeúnte, o acusar la ignorancia o ineptitud del primero con quien nos cruzamos es costumbre que detesto. Rara vez actúo así, ni siquiera en las conversaciones en las que tomo parte; prefiero abandonarlas que venir a impartir enseñanzas tardías y magistrales. Mi temperamento tampoco se acomoda a hablar ni a escribir para los principiantes. Y ante las cosas que se dicen por ahí, o entre extraños, por falsas y absurdas que yo las juzgue, jamás me pongo de por medio como enderezador, evito decir alguna palabra ni hacer algún gesto.

Por lo demás, nada me molesta tanto en la torpeza como el verla complacerse más de lo que ninguna razón es capaz de hacerlo sensatamente. Es una desgracia que la prudencia impida encontrar satisfacción y confianza en ti mismo, y que la testarudez y temeridad colmen a sus propios huéspedes de seguridad y regocijo. Corresponde a los más tontos mirar a los demás hombres por encima del hombro, volviendo del combate hinchados de gloria y satisfacción. Y casi siempre la temeridad de lenguaje y el

gesto presuntuoso los hace mostrarse victoriosos frente al público, que por lo general es incapaz de juzgar bien y discernir las ventajas verdaderas. La obstinación y el ardor de la opinión son las más seguras muestras de estupidez: ¿hay nada tan resuelto, desdeñoso, contemplativo, grave y serio como el asno?

¿Por qué no mezclar en nuestras conversaciones las sutilezas y la desenvoltura las charlas alegres y los comentarios punzantes que se dan entre amigos? Ejercicio para el cual mi espíritu me hace bastante apto; y si no es tan austero y serio como el que acabo de hablar, no es menos agudo ni ingenioso, ni tampoco menos provechoso. Por lo que a mí toca, yo llevo a los coloquios mayor libertad que ingenio, y tengo más suerte que inventiva; soy muy tolerante, pues resisto el desquite, no solamente rudo, sino también el indiscreto, sin molestarme para nada. Y cuando se me ataca, si no tengo cómo responder, tampoco me entretengo de un modo pesado y molesto, que raye en la testarudez. Lo dejo pasar y, agachando alegremente las orejas, espero encontrar una mejor respuesta en otro momento. No es buen comerciante quien siempre sale ganando. La mayor parte de los hombres cambian de semblante y de voz en el instante en que la fuerza les falta; y a causa de una inoportuna cólera, en lugar de vengarse, acusan su debilidad además de su

impaciencia. En estos desahogos rasgamos a veces las secretas cuerdas de nuestras imperfecciones, las cuales, aun quedando en calma no podemos tocar sin consecuencias, y así revelamos al prójimo nuestras imperfecciones.

Hay otros juegos de manos, rudos y agresivos, que yo odio profundamente; mi piel es sensible y delicada. He visto en mi vida enterrar a causa de ellos a dos príncipes de nuestra sangre real. No está bien pelearse como entretenimiento.

Por lo demás, cuando yo quiero comprender a alguien, le pregunto cuán satisfecho se siente, y qué tan bien se siente con lo que dice o hace. Quiero evitar esas bonitas excusas: “Lo hice para distraerme”, “esta obra, todavía imperfecta, ha sido retirada del telar” (Ovidio), “no me costó una hora siquiera; después no volví a trabajar en ella”. Entonces yo digo: dejen esas frases hechas, denme una que los represente completamente. Y luego: ¿cuál es la mejor parte de su obra? ¿Es esta parte o la otra? ¿La gracia, el asunto, el ingenio, el juicio o la ciencia? Pues suelo advertir que tanto se yerra al juzgar la propia obra como al juzgar la ajena, no solo por la pasión que está implicada, sino también por la incapacidad de conocerla y discernirla. La obra, por su propia virtud y fortuna, puede acompañar al obrero y llevarle más allá de su invención y conocimientos. En cuanto a mí, no juzgo del valor de otra tarea con menos precisión

que la mía, y pongo los *Ensayos*, ya arriba, ya abajo, con vacilación e inconstancia.

Hay algunos libros útiles en razón de las cosas de que tratan, por los cuales el autor no recibe ningún elogio. Y hay buenos libros, como igualmente buenas obras, que avergüenzan a quien los ha hecho. Podría escribir sobre la naturaleza de nuestros banquetes y de nuestros vestidos, lo haría sin gracia; podría publicar los edictos de mi tiempo y las cartas de los príncipes que se hacen públicas; podría resumir un buen libro (y toda abreviación de un libro bueno es un compendio torpe), el cual se hubiere perdido, o alguna cosa semejante, y la posteridad extraería algún provecho de tales composiciones. ¿Pero qué mérito tendrían aparte de mi buena suerte? Buena parte de los libros famosos surgen de esta manera.

Cuando leí a Philippe de Commynes hace algunos años (un autor en verdad excelente), advertí esta frase, que me pareció extraordinaria: “Es necesario evitar prestar a un señor un servicio tan valioso que le impida recompensarlo debidamente”. Debí elogiar la idea, no a quien la escribió, pues luego la encontré en Tácito: “Los beneficios son gratos mientras pueden ser remunerados, pero si superan nuestros medios de reconocimiento, nos aparecen odiosos” (Tácito). Y en Séneca: “Porque quien considera vergonzoso

recompensar, quisiera que no hubiera nadie a quien deber”. Y también lo dice Cicerón, con menos fuerza: “Quien cree que no puede pagar sus obligaciones no podrá ser su amigo”.

Sea cual sea el asunto, un hombre puede pasar por erudito y memorioso. Sin embargo, para juzgar sus mejores cualidades, que son a la vez las más dignas (la fuerza y la belleza de su alma), es necesario saber qué es suyo y qué no lo es. Y en lo que no es suyo, cuánto se le debe a la elección, disposición, ornamento y lenguaje que él usó. ¡Qué decir si tomó prestada la materia y estropeó la forma, como acontece con frecuencia! Nosotros, que tenemos poco trato con los libros, nos encontramos con esta dificultad: cuando vemos alguna invención hermosa en un nuevo poeta, o algún argumento poderoso en un predicador, no nos atrevemos, sin embargo, a alabarlos hasta que un erudito no nos haya confirmado ese elemento es propio o ajeno. Hasta saberlo, yo me mantengo siempre en guardia.

He recorrido de cabo a rabo las historia de Tácito — cosa rara, pues desde hace veinte años no le dedico a un libro más de una hora seguida—. No conozco un autor que sepa mezclar tan bien una narración de hechos públicos con consideraciones de costumbres e inclinaciones particulares. Y me parece lo contrario de lo que le parece a él, o sea que, habiendo de seguir especialmente las vidas de

los emperadores de su tiempo, tan extremas y diversas en toda suerte de formas, tantas notables acciones como principalmente la crueldad de aquellos sobre sus súbditos, tenía a su disposición una materia más poderosa y atrayente para narrar que si hubiera tenido que relatar las batallas y revueltas; de tal suerte que a veces lo encuentro en exceso conciso cuando pasa por alto esas hermosas muertes como si temiera cansarnos con su cantidad y extensión.

Esta manera de historiar es de lejos la más útil: las agitaciones públicas dependen más del azar, las privadas dependen más de nosotros. Hay en Tácito más discernimiento que deducción histórica, y más preceptos que narraciones; más que un libro para leer, es un libro para estudiar y aprender, tan lleno está de sentencias que por todas partes se encuentra colmado de ellas: es un semillero de discursos morales y políticos para ornamento y provisión de aquellos que ocupan algún rango en el manejo del mundo. Aboga siempre con razones sólidas y vigorosas, de manera sutil y elegante, según el estilo afectado de su siglo. Gustaban tanto los autores inflarse por aquel tiempo, que donde hallaban las cosas desprovistas de sutileza, se la procuraban por medio de las palabras. Su manera de escribir se asemeja no poco a la de Séneca: Tácito me parece más sustancioso; Séneca, más agudo. Sus escritos son más apropiados para un pueblo

turbado y enfermo, como el nuestro en el presente. Se podría decir que nos pinta y nos reprende.

Los que dudan de su buena fe revelan así que no lo quieren por distintas razones. Sus opiniones son sanas y se coloca del lado bueno en los asuntos romanos. Un poco me contraría, sin embargo, el que haya juzgado a Pompeyo con una severidad mayor de la que tuvieron las gentes honradas que le trataron y convivieron con él, y de que lo estimara semejante a Mario y Sila, salvo el carácter, que consideraba menos abierto. Sus intenciones no le eximieron de la ambición que lo animaba en los negocios públicos, ni tampoco de la venganza; e incluso sus mismos amigos temieron que la victoria le hubiera arrastrado más allá de los límites de la razón, pero no hasta una medida tan desenfrenada: nada hay en su vida que nos haya amenazado con una manifiesta crueldad y tiranía. No hay que equiparar la sospecha con la evidencia, de suerte que en este punto no le creo. Se puede cuestionar que las narraciones de Tácito sean genuinos y exactos, pues no se corresponden con las conclusiones que saca, las cuales sigue conforme la pendiente que ha tomado el asunto, a veces más allá de la materia que nos muestra, la cual no presenta bajo un solo aspecto. No tiene necesidad de excusa por haber aprobado la religión de su época, según

las leyes que le mandaban, e ignorado la verdadera: esto es su desdicha, pero no su defecto.

He considerado principalmente su razonamiento, y no siempre me ha parecido claro. Por ejemplo, no entiendo estas palabras que Tiberio, viejo y enfermo, enviaba en una carta a los senadores: “¿Qué podría escribirles yo, señores, o cómo les escribiré, o qué no les escribiré en este tiempo? Si lo sé, que los dioses y las diosas acaben conmigo peor de lo que yo me siento morir cada día”. No sé por qué las atribuye con tanta certeza al punzante remordimiento que atormenta la conciencia del emperador, o al menos cuando leía su libro no lo capté.

También me pareció algo cobarde que, contando que ejerció un honroso cargo en Roma, se excusara diciendo que no lo decía por ostentación. Este rasgo me parece bajo para un alma de su temple. No atreverse a hablar abiertamente de sí mismo acusa cierta falta de carácter. Un juicio firme y elevado, que discierne sana y firmemente, echa mano de sus propios ejemplos personales así como de los demás, y se refiere a sí mismo con franqueza como si se tratara de un tercero. Es necesario pasar por encima de estos preceptos que dicta la cortesía en beneficio de la libertad y la verdad. Yo no solamente me atrevo a hablar de mí mismo, sino a hablar de mí mismo solamente. Me extravió

cuando hablo de otra cosa, y me aparto de mi asunto. No me estimo de manera tan insensata ni estoy tan apegado a mí mismo como para que no pueda examinarme con claridad, como a un vecino o como a un árbol. Es tanto un defecto no vernos bien a nosotros mismos, que decir más de lo que se ve. Mayor amor debemos a Dios que a nosotros mismos y lo conocemos menos, y sin embargo hablamos de él sin medirnos.

Si los escritos de Tácito nos revelan de algún modo su talante, debemos creer que era un personaje valiente y virtuoso, pero no de una virtud supersticiosa, sino filosófica y noble. Podrá encontrárselo arriesgado en sus testimonios, como cuando asegura que a un soldado que llevaba un haz de leña se le pusieron las manos tan rígidas por el frío, que se le quedaron pegadas y muertas y así se le desprendieron de los brazos. En tales casos, acostumbro a rendirme bajo la autoridad de tan respetables testimonios.

Asimismo cuando cuenta que Vespasiano, gracias al dios Serapis, curó en Alejandría a una mujer ciega untándole su saliva en los ojos, y refiere no sé qué otro milagro, obra como todos los buenos historiadores, que registran los acontecimientos de importancia: entre los hechos públicos figuran también los rumores y opiniones populares. Es su papel relatar las creencias comunes, no corregirlas:

esta parte toca a los teólogos y a los filósofos, directores de conciencias. Por eso un compañero suyo, tan grande como él, dijo sabiamente: “En verdad digo más de lo que creo: no pretendo afirmar que son ciertas las cosas de las que dudo, pero tampoco busco negar las que sí creo” (Quinto Curcio). Y este otro: “No debemos inquietarnos por afirmar o negar estas cosas; hay que atenerse a lo que se dice de ellas” (Tito Livio). Aunque escribe en un siglo en que la creencia en los prodigios comenzaba a declinar, no quiere dejar de consignar en sus anales cosas aceptadas por tantas gentes de bien y tan veneradas en la antigüedad: muy bien dicho. Que los historiadores nos suministren la historia según la reciben y no como la consideran. Yo, que soy rey de la materia que trato y que a nadie debo dar cuentas, aun así no me fío de mí mismo del todo: arriesgo a veces ocurrencias de mi espíritu, de los cuales desconfío, y ciertas sutilezas verbales, que me avergüenzan; sin embargo, las dejo pasar. Yo veo que se envanecen con tales cosas: no me incumbe a mí juzgarlos. Yo me presento de pie y acostado; de frente y de espaldas; con mi perfil derecho y con el izquierdo, y con todos mis gestos habituales. Las mentes, incluso aquellas que son iguales en fortaleza, no siempre tienen la misma disciplina ni coinciden en los mismos gustos.

Esto es todo lo que me ofrece la memoria, muy inciertamente. Todas las generalizaciones son vagas e imperfectas.



MICHEL EYQUEM DE MONTAIGNE

(Castillo de Montaigne, Saint-Michel-de-Montaigne, cerca de Burdeos, 28 de febrero de 1533 - ibíd., 13 de septiembre de 1592) fue un filósofo, escritor, humanista y moralista francés del Renacimiento, autor de los Ensayos y creador del género literario conocido en la Edad Moderna como ensayo. Ha sido calificado como el más clásico de los modernos y el más moderno de los clásicos.¹ Su obra fue escrita en la torre de su propio castillo entre 1572 y 1592 bajo la pregunta "¿Qué sé yo?".



Libro al Viento

COLECCIÓN LATERAL

Tiene una franja azul y es un espacio abierto a géneros no tradicionales como la novela gráfica, la caricatura y el ensayo.

- | | | | |
|--------------|------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|------------|----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|
| 33 | PALABRAS PARA UN MUNDO MEJOR
<i>José Saramago</i> | 79 | MEMORIAS PALENQUERAS Y RAIZALES
<i>Varios autores</i> |
| 40 | EL LIBRO DE MARCO POLO SOBRE LAS COSAS MARAVILLOSAS DE ORIENTE | 80 | RUFINO JOSÉ CUERVO: UNA BIOGRAFÍA LÉXICA |
| 56 | LA EDAD DE ORO
<i>José Martí</i> | 83 | CALIDEZ AISLADA
<i>Camilo Aguirre</i> |
| 64 | VIVA LA POLA
<i>Beatriz Helena Robledo</i> | 89 | CARTAS DE TRES OCÉANOS 1499-1575
<i>Isabel Soler e Ignacio Vásquez (edición y traducción)</i> |
| 65 | SOY CALDAS
<i>Stefan Pohl Valero</i> | 96 | CRONISTAS DE INDIAS EN LA NUEVA GRANADA (1537-1731)
<i>Gonzalo Jiménez de Quesada
Pedro Cieza de León
Fray Pedro Simón
Alexandre Olivier Exquemelin
Fray Alonso de Zamora
Joseph Gumilla</i> |
| 71/72 | PÜTCHI BIYÁ UA,
Antología multilingüe de la literatura indígena contemporánea en Colombia. Vols. I y II
<i>Miguel Rocha Vivas</i> | 106 | BREVIARIO DE LA PAZ
<i>Varios autores</i> |
| 73 | GLOSARIO PARA LA INDEPENDENCIA.
Palabras que nos cambiaron
<i>Margarita Garrido y Juan Ignacio Arboleda</i> | | |

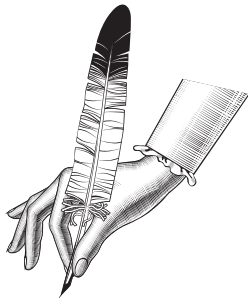
- 112** BICICLETARIO
Juan Carlos Rodríguez
- 125** MARAVILLAS Y HORRORES
DE LA CONQUISTA
Orlando Melo (selección)
- 130** EL ARTE DE DISTINGUIR A
LOS CURSIS
*Santiago de Liniers y
Francisco Silvela*
- 138** VERSIONES DE LA
INDEPENDENCIA
- 141** CANCIONERO DE ROCK
AL PARQUE
- 157** RECUERDO MI ORIGEN
*Vito Apūshana, Fredy
Chikangana, Nataly Domicó,
Hugo Jamioy, María Violet
Medina Quiscue, Iván Niviayo,
Nelson Tuntaquimba Quinche*
- 158** CAMINAR Y
UNA VIDA SIN PRINCIPIOS
Henry David Thoreau

Este ejemplar de *Libro al Viento* es un bien público. Después de leerlo, permite que circule entre los demás lectores.

Escanea este código
e ingresa a la biblioteca digital,
donde tendrás a disposición
más de 80 de nuestros títulos.



ENSAYO



El arte de conversar y otros ensayos fue editado por el Instituto Distrital de las Artes - Idartes para su Biblioteca Libro al Viento, bajo el número 166, y se imprimió en el mes de febrero del año 2023 en Bogotá.

CIRCULACIÓN
GRATUITA

166

“¿Por qué no mezclar en nuestras conversaciones las sutilezas y la desenvoltura de las charlas alegres y de los comentarios punzantes que se dan entre amigos?”



COLECCIÓN LATERAL

CD **BOGOTÁ**
que estamos construyendo

libro al
viento

LEER
PARA
LA
VIDA



INSTITUTO
DISTRITAL DE LAS ARTES
IDARTES

BOGOTÁ